

## II. Las tierras que pertenecieron a México

En menos de diez años, entre 1845 y 1854, México perdió la mitad de su territorio. Mediante la anexión, conquista o compra, las lejanas Provincias del Norte, Alta California, Nuevo México y Texas, pasaron a formar parte de Estados Unidos.

Ese gigantesco espacio que permaneció bajo influencia española durante casi tres siglos, sólo perteneció a México durante 25 convulsionados años. La herencia urbana dejada por España incluía unas cuantas ciudades: en Nuevo México se destacaba Santa Fe con 5 mil habitantes; muy atrás quedaban Tucson y Tubac con 400 almas cada una.

La mayor parte de la población se encontraba dispersa a lo largo de la ruta conocida como la Jornada del Muerto, a orillas del Río Bravo, a medio camino entre El Paso y Santa Fe: unas 30 mil *gentes de razón* y unos 10 mil indios agricultores, parcialmente asimilados. En Texas estaban San Antonio y Goliad con 2 mil 500 vecinos. En California unas 3 mil 200 almas se repartían a lo largo de la franja costera que se extiende

de San Diego a San Francisco. Unas 8 mil *gentes de razón* se ubicaban en El Paso y sus alrededores.

La colonización española había dotado a la región de un esquema de poblamiento basado en presidios y misiones. Los presidios eran guarniciones que servían para controlar a los indios belicosos y defender con armas el territorio y las posesiones de colonos, clérigos, rancheros y comerciantes. Los presidios operaban, de manera conjunta con la población organizada, en forma de milicias.

Contaban, así mismo, con el apoyo de la iglesia que, a través de las órdenes religiosas, buscaba la conversión de los indios. Éstos, una vez evangelizados, servían como mano de obra y eventuales soldados. Esta

combinación de mano dura con los indios insurrectos, diplomacia con las tribus amistosas y actividad comercial que había funcionado en la era colonial, se desmoronó en la época republicana. El gobierno mexicano, débil y en quiebra, dejó de subsidiar a las guarniciones, se desentendió de las misiones y suprimió las milicias. Lo único que permitió fue el comercio. Por esa vía se expandió, sin prisa pero sin pausa, la influencia extranjera, sobre todo la estadounidense, en la región.

Los españoles habían dividido el territorio, que iba del océano Atlántico al Pacífico, en tres grandes provincias incomunicadas entre sí que, por razones políticas, sólo podían comerciar con la alejadísima ciudad de México. Así, no fue extraño el surgimiento de intereses locales separatistas. Sobre todo en Texas, donde sólo 3 mil 400 de los 24 mil 700 habitantes que había en 1832 eran mexicanos.

Los primeros impulsos en ese sentido se manifestaron en 1833, cuando los texanos demandaron al gobierno central la conformación del estado de Texas, independiente del de Coahuila, la erogación de nuevas leyes aduaneras y la derogación de leyes que limitaban la migración. Las gestiones de los texanos resultaron infructuosas en lo político, pero favorables en lo que tocaba a cuestiones económicas, jurídicas y migratorias.

Pero la ocasión para exigir la concesión política se presentó muy pronto. En 1835, con la desintegración del sistema federalista, se frustró la aspiración de Texas de convertirse en un estado independiente. Pero el pretexto estaba dado. Los separatistas texanos aprovecharon la ocasión para mani-

### Nunca supimos realmente lo que habíamos perdido

*En la política exterior, el undécimo período de Su Alteza Serenísima (Santa Anna) cerró el último, humillante capítulo de la guerra con Estados Unidos: la cesión de una franja adicional de territorio, la zona de La Mesilla. Tiempo después, Santa Anna recibió la visita de un acucioso cronista y cartógrafo, Antonio García Cubas. Ante la vista del presidente vitalicio, desplegó un mapa cuidadosamente elaborado del territorio nacional, el anterior a la guerra y el posterior. Sin hacer comentarios, Santa Anna se echó a llorar: por primera vez calibraba lo que el país había perdido.*

—Enrique Krauze, *Siglo de caudillos*.





festar su apoyo a la Constitución derogada, lo que los colocaba fuera del sistema.

La reacción no se hizo esperar. El ejército centralista, al mando de Santa Anna, se dirigió a Texas para aplacar la rebelión, del mismo modo que lo había hecho con Zacatecas, que también se había opuesto a la supresión del sistema federalista. En esa incursión se jugó el destino del lejano norte.

#### **En el abandono total**

*Estamos rodeados por todos lados... por muchas tribus de bárbaros despiadados, estamos por morir; y nuestros hermanos en vez de ayudarnos están enfrascados en una lucha sin cuartel en sus enconadas guerras civiles.*

**--Mariano Chávez. Nuevo México. 1844.**

(David J. Weber, *La frontera norte de México, 1821-1846*).

Luego de algunas batallas y varias escaramuzas el general Santa Anna fue tomado prisionero, mientras dormía una siesta, y obligado a firmar los Tratados de Velasco donde reconoció la independencia de Texas.

La política centralista también había afectado los intereses de la gente de las provincias de Alta California y Nuevo México que, año con año, establecían rutas comerciales que los separaban de la capital de México y los vinculaban, de manera creciente e imparable, con Estados Unidos. Aunque los novomexicanos resistieron las pretensiones expansionistas de Texas y se oponían a formar parte de Estados Unidos, su vinculación con México era cada vez más tenue y complicada. Con todo, en Nuevo México nunca cuajó la idea de independizarse.

En la Alta California, en cambio, los pobladores se debatían entre tres escenarios posibles: el logro de una mayor autonomía,

la independencia total o el establecimiento de alianzas con alguna potencia europea. Nunca llegaron a ponerse de acuerdo y estaban al borde de la guerra civil cuando se dio la invasión estadounidense.

El pretexto para la declaración de guerra fue la negativa de México a aceptar la incorporación de Texas a Estados Unidos y el consiguiente rompimiento de relaciones. El 13 de mayo de 1846 el presidente de Estados Unidos, James K. Polk, firmó un decreto donde declaraba que "Por actos de la República de México existe un estado de guerra entre ese gobierno y Estados Unidos". El conflicto duró dos años, con el desenlace de todos sabido. El 2 de febrero de 1848 se celebró el tratado de paz, amistad y límites conocido como Guadalupe Hidalgo. Sólo faltaba un último trozo: La Mesilla, que Santa Anna se encargó de vender. El lejano norte se convirtió desde entonces en el lejano oeste.